

“A la conquista de la clase obrera. El movimiento estudiantil frente al movimiento obrero entre 1955 y 1966 en la Argentina. El caso de la Universidad de Buenos Aires”

Resultado de investigación finalizada

GT 25 Educación y desigualdad social

Dr. Juan Sebastián Califa (UBA-CONICET)

Resumen:

Tras sancionarse los nuevos estatutos universitarios durante 1958 en Argentina, comenzó una etapa institucional denominada posteriormente “época de oro”. Entre 1955 y 1966 se gestó un movimiento estudiantil que trocó su apoyo inicial a estos cambios “modernizadores” por fuertes críticas. En un escenario nacional convulsionado, estos militantes, sobre todo aquellos que se consideraba herederos de la Reforma Universitaria –el reformismo– experimentaron una singular radicalización política hacia la izquierda. En este contexto, se convirtió en problemático el acercamiento al movimiento obrero, mentado agente del cambio social, que adhería mayoritariamente a una identidad política ajena, el peronismo. En este texto abordaré esta cuestión concentrándome en lo acaecido en la Universidad de Buenos Aires, la casa de altos estudios más grande del país.

Palabras claves: movimiento estudiantil – reformismo – movimiento obrero

1. Antecedentes, 1943-1955

El 17 de octubre de 1945 nació el peronismo. Ese día miles de obreros se movilizaron hacia el centro de Buenos Aires para pedir la libertad de Juan Domingo Perón, apresado en una isla cercana a la capital del país. En esa misma jornada el historiador Daniel James (1987) documentó los ataques que recibieron los universitarios y las dependencias facultativas en Córdoba, Rosario y La Plata. En la capital bonaerense, al grito de “haga patria, mate un estudiante” y “menos cultura y más trabajo” los obreros, y particularmente los más jóvenes, atacaron a los estudiantes que identificaron en las calles obligándolos a vitorear el nombre de Perón. Desde entonces, una trascendente separación se impuso entre el movimiento estudiantil universitario, que reclutaba su militancia de los más de 20.000 alumnos, y el movimiento obrero, con quienes si bien los primeros no se habían entrelazado como lo pretendía la versión más extrema de la ideología anclada en la Reforma Universitaria de 1918, siempre habían mantenido relaciones cordiales que aspiraban a fortalecer en una fuerza social renovadora.

Las rencillas entre obreros y estudiantes ya se habían hecho presentes luego del golpe de Estado de 1943. Al principio, desde las universidades y los sindicatos se observó entre indiferente y tibiamente opositor al gobierno de facto que acabó con una década signada por el fraude electoral. Sin embargo, rápidamente se definieron posiciones. La militancia reformista se erigió, respaldada por la intelectualidad liberal, en una férrea opositora de una administración visualizada como contraria a la puesta en vigencia de la Constitución y proclive al Eje en la guerra mundial. Entre los obreros, en cambio, se gestó un progresivo apoyo al ala gubernamental representada por Perón, quien desde la secretaría de Trabajo y Previsión conquistó su adhesión con medidas que suponían su reconocimiento político. Esos años convulsionados, que incluyeron frenéticas luchas en las calles, intervenciones universitarias, tomas estudiantiles y represión policial, concluyeron con la elección presidencial de

febrero de 1946. La Unión Democrática que integró el grueso del reformismo, un inusitado frente que abarcaba desde la Sociedad Rural hasta el comunismo, cayó derrotada.

Con Perón en el poder el malestar entre el movimiento obrero y el movimiento estudiantil se profundizó. Al día de hoy se sigue discutiendo si sus políticas universitarias proyectaron una Universidad nueva o más bien se hicieron sin terminar de romper el cascarón de la vieja (Buchbinder 2005).¹ Quienes enfatizan los cambios suelen destacar el incremento de la matrícula, que para 1955 había crecido a una tasa desconocida hasta alcanzar los 70.000 universitarios, y el acceso de nuevos sectores sociales que ello supuso como lo demostró la Universidad Obrera que se sumó a las seis casas existentes. Quienes proponen no perder de vista las continuidades remarcan, por el contrario, que más allá de este incremento, cuyo correlato reside en el crecimiento universitario mundial de posguerra, el perfil de una institución profesionalista con irrelevante producción científica para el desarrollo nacional, se mantuvo. Asimismo, la presencia de hijos de obreros en estas aulas, se arguye, si bien creció continuó siendo minoritaria.

Los debates de la época, reconstruidos en las acotadas y fragmentadas producciones académicas, muestran que si desde el gobierno se aducía como un logro la eliminación del arancel universitario, la creación de nuevas unidades académicas y la promoción de dos leyes que sucesivamente dieron el marco legal para las casas de altos estudios, desde la oposición se argüían otros argumentos. Las políticas oficiales, se confrontaba, implicaron el alejamiento de más de 1.200 profesores, con el equivalente lugar que adquirieron sectores docentes con escasa calificación, y la subsunción de la Universidad al Ejecutivo con su consiguiente pérdida de autonomía. Los militantes reformistas, quienes se ufanaban de “resistir” desde adentro el embate peronista, agregaban a estas críticas la pérdida que su claustro sufrió de su representación y voto en los consejos universitarios directivos, una de las conquistas más notables de la Reforma Universitaria.

Como observará el lector, no es el objetivo de este trabajo imbuirse en estas polémicas. Sin embargo, estas líneas ilustran sobre las tensiones del período. La participación de los militantes estudiantiles en el golpe de Estado de 1955 que derrocó al gobierno de Perón resultó una nueva evidencia, aunque de particular vigor, de esta oposición. Quizás nada más claro que su alianza con la Iglesia Católica en ese movimiento desesperado y final (un tradicional enemigo de los reformistas que tras formar parte de la alianza peronista decidió romper con esta fuerza social en su competencia por el poder), para entender el tenor que había alcanzado la oposición al oficialismo.

2. Los estudiantes, el golpe y los obreros, 1955-1958

Tras el golpe, la militancia reformista ejerció un enorme poder. En la UBA esto lo ejemplifica la designación del historiador José Luis Romero como rector interventor, quien llegó a su cargo merced a las presiones de estos jóvenes sobre el nuevo gobierno (Luna 1986: 141). Los reformistas se encolumnaron detrás de un proyecto modernizador que se proponía construir una Universidad científica, y no sólo retornar a la institución previa al golpe de 1943, tal cual añoraba el sector “académico-conservador” con peso en las facultades profesionalistas (Derecho y en menor medida Medicina). Pero además los reformistas, y en esto ya no contaban con el acompañamiento de los profesores “modernizadores”, bregaban por un gobierno “tripartito y paritario” en el que los claustros

¹ Citar toda la bibliografía, tanto aquí como en el resto del trabajo, sería imposible con la exigua extensión concedida a las ponencias. Dado que este texto surge de mi tesis doctoral (Califa 2012), en la que se trabajó con numerosas fuentes primarias y secundarias, remito a sus páginas en la lectura más general del proceso. De este modo, sólo cuando se hagan afirmaciones más puntuales se referirá su fuente. El día a día de los conflictos abordados se reconstruyó a través de los periódicos *La Nación* y *La Prensa*.

de profesores, estudiantes y graduados tuvieran una representación equitativa en los consejos directivos. Esta etapa, publicitada oficialmente como “normalización” o “reconstrucción” universitaria (Halperín Donghi 1962), logró en parte lo primero aunque no lo segundo, pese a que los estudiantes adquirieron una inédita injerencia en los consejos directivos. La misma concluyó tras ser sancionado en octubre de 1958 el estatuto con el que se reeligió como rector a Risieri Frondizi, un reformista que llevó adelante un programa modernizador sin precedentes, por cuatro años más.

En el mundo obrero 1955 empezó muy distinto, otra muestra de las distancias con la realidad estudiantil. La clase trabajadora identificada con el peronismo vivió una etapa que habitualmente se califica como “resistencia peronista” (el texto académico clásico pertenece a James 1999) que algunos corrigen como “resistencia obrera” (Schneider 2006). Si bien en los últimos años se puso en duda hasta qué punto la primera etapa fue resistida por el grueso del sindicalismo (Melon Pirro 2009), hay consenso en estas investigaciones sobre la enorme conflictividad obrera en el segundo lustro de la década (estadísticas precisas en Korzeniewicz 1995). Bajo este panorama resultaba impensable una confluencia obrero-estudiantil. Tanto los trabajadores como los estudiantes universitarios parecían más preocupados por encontrar solución a su situación que en bregar por la unidad. Por lo demás, el resentimiento obrero hacia los estudiantes se engrandeció tras el derrocamiento de Perón.

La unidad se aventuró desde el reformismo. *Tribuna Universitaria*, el periódico de la federación porteña (FUBA), sentenciaba en agosto de 1957: “Nuestros progresos se convertirán en los de la clase obrera y sus opresiones se transformarán en las nuestras.” (CEDINICI) Se estaba produciendo una reconsideración del fenómeno peronista que si bien no constituía una “peronización”, ello demoraría más de una década, marcaba un cambio. Esta reconsideración, que suponía mayor comprensión hacia las razones del apoyo de los obreros a este gobierno, se daba en el marco de un creciente enfrentamiento con las autoridades universitarias, Romero había sido reemplazado por el profesionalista Alejandro Ceballos, y con el gobierno que había promovido este cambio. Un sector cada vez más importante del reformismo porteño iría asumiendo una radicalización hacia la izquierda, capitaneado desde el Centro de Estudiantes de Derecho, que los escindía y enfrentaba con otro sector del reformismo, comandado desde su par de Ingeniería, recusado por ser de “derecha” y empapado de una cosmovisión liberal heredada de la época peronista. Avanzado este proceso, cuando ya el sector de izquierda gobernaba la FUBA, con su correlato en el resto del país, este reformismo mayoritario encaró el intento más audaz de unidad con el movimiento obrero.

Los enfrentamientos sociales en los que estos militantes estudiantiles participaron constituyen el lente desde donde observar sus transformaciones políticas e ideológicas (remitimos en tal sentido a la tradición que inauguró la obra de Marx y en la Argentina a la vasta producción del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales). Como Göran Therborn explica: “[...] parece más acertado y fructífero considerar a las ideologías no como posesiones, como ideas poseídas, sino como *procesos sociales*.” (1991: 7) Así, el análisis de los enfrentamientos que dichos activistas protagonizaron permitirá explicar su giro ideológico.

La “Laica o Libre” en las postrimerías de 1958 brindó el marco sobre el que se registró el intento más audaz de acercamiento reformista a la clase obrera. A fines de 1955 apareció el decreto-ley 6.403 que se propuso encausar las transformaciones universitarias en marcha. Subrepticamente, contenía un artículo, el 28, que estipulaba la posibilidad de que las universidades privadas puedan otorgar títulos habilitantes para el ejercicio profesional. En Argentina estas casas no habían prosperado por no poder expedir estos títulos. La nueva medida, impulsada por la Iglesia Católica, derivó en arduas polémicas y en un proceso de lucha que empezó en mayo de 1956 con ocupaciones universitarias estudiantiles, siguió con marchas y grescas callejeras entre detractores y favorables a la medida y concluyó quince días después con la partida de Romero del rectorado y del ministro de Educación y Justicia, un orgánico de la Iglesia Católica, y la suspensión finalmente del polémico

artículo hasta que un futuro gobierno constitucional decida qué hacer con él. Arturo Frondizi al asumir la presidencia volvió a ponerlo sobre el tapete a fines de agosto de 1958. Este político radical, viejo opositor a Perón, había roto su partido para presentarse por un radicalismo intransigente que tomaba distancias del gobierno de facto que había integrado. Con ese tenor renovador, y proponiendo una reconciliación nacional y un salto industrial, recibió el apoyo de los jóvenes universitarios y, de buena parte del movimiento obrero, quien garantizó su triunfo en las urnas. En ese contexto, de unidad electoral entre el movimiento obrero y el reformismo, resultó sorpresivo el apoyo del mandatario al artículo 28.

Durante septiembre de 1958 “laicos” y “libres” se enfrentaron. De un lado y del otro se realizaron movilizaciones inéditas. La acción directa de los reformistas “laicos”, pese a ser mayor que la de sus rivales católicos “libres”, no pudo torcerle el brazo al Ejecutivo quien impuso, bajo una nueva ley, el anhelo de los últimos, asestándole con la aparición de las casas privadas una enorme transformación al sistema universitario. En la marcha más grande del bando “laico” se movilizaron 250.000 mil personas en la ciudad de Buenos Aires, y otras decenas de miles en las principales ciudades del país. Se afirmó que en esa jornada varios sindicatos se hicieron presentes (Sanguinetti 1974: 19). Sin embargo, en mi investigación pude comprobar que los gremios no se involucraron masivamente, a excepción de la minoría dirigida por los comunistas. Era notorio, no obstante, el intento de los radicalizados estudiantes por vincular lo que le sucedía a la Universidad con los avatares que sufría la industria petrolera. “YPF / universidad nacional” y “Standard Oil / universidad privada” podía leerse entre los carteles de sus protestas; consignas que se levantaban como un puente con el movimiento obrero reactivo a la privatización en marcha.

En octubre tras aprobarse la ley, la tozudez en la protesta de los fubistas conllevó a la erosión de su alianza con el rectorado modernizador que si bien mantuvo sus críticas al gobierno, prefirió volver a clases. Bajo ese escenario, la izquierda reformista movilizada (comunistas, socialistas e independientes) intuyó que el único modo de vencer era anudando una alianza con la clase obrera en pos de objetivos que incluían pero asimismo superaban el programa universitario. Con esas urgencias, procuró la adhesión de las mayoritarias 62 Organizaciones Peronistas (gremiales) que no se había involucrado en el conflicto. Sin embargo, el acto obrero-estudiantil finalmente no tuvo lugar ya que esta organización condicionó su apoyo a una autocrítica abierta de las entidades estudiantiles por su accionar durante los gobiernos de Perón, la que nunca se produjo. Públicamente la FUBA argumentó que el mitin se había suspendido para evitar una nueva y feroz represión sobre el movimiento estudiantil ante la decisión policial de impedir la protesta. A raíz de ello, *La Nación* reflejó en su edición del 11 de octubre de 1958 que en respuesta a afirmaciones hechas a partir de las declaraciones de algunos dirigentes gremiales de las 62 Organizaciones, que en nada contribuían al acercamiento de obreros y estudiantes, la FUBA esgrimía que:

“[...] nada hará variar su inquebrantable decisión definitiva de luchar por la unión de obreros y estudiantes en defensa de comunes reivindicaciones, pero de ninguna manera abandonará cualquiera de sus posiciones programáticas.”

Como lo expone esta declaración, la federación porteña no buscaba simplemente obtener el “perdón” sindical por su accionar pasado (esta interpretación en Manzano 2009). Si el intento de este reformismo por forjar la unidad con la clase obrera era verídico, y asimismo su interpretación del pasado reciente estaba mutando velozmente a medida que una nueva generación iba tomando las riendas del reformismo, no es menos cierto que esta unidad no se formuló a cualquier precio. En ese sentido, se debe recalcar que a estos reformistas les resultaba sustantivo unirse con la clase obrera sólo y en la medida que a ésta le interesara encauzar un programa de drástica transformación social. Lo

central no fue en sí el “redescubrimiento del peronismo” entre la dirección fubista sino, más bien, la incipiente certeza de que tanto este movimiento como el reformismo mismo debían cambiar para poder alcanzar esa Argentina soñada. En ese sentido, “ganarse” a la clase obrera no implicaba renunciar a su ideología, aunque sí actualizarla. En este razonamiento el socialismo excluía al peronismo aunque debía incluir, necesariamente, a los trabajadores. Esto se afirmó cuando en 1959 se eligió la nueva dirección de la FUA surgida de dicho conflicto, creándose la Secretaría de Relaciones Obrero Estudiantiles, todo un símbolo de una búsqueda que recién comenzaba.

3. Hacia la clase obrera nuevamente, 1959-1966

El cierre del Frigorífico Lisandro de la Torre en el porteño barrio de Mataderos marcó el fin de una era en la historia del movimiento obrero argentino. Tras esta derrota, que fue enfrentada con suma determinación por los afectados y que despertó una gran solidaridad, los trabajadores iniciaron una nueva etapa en la que se consolidó el peso de los “burócratas”, dirigentes sindicales peronistas que defendían los negocios propios más que a sus representados. Los fubistas acudieron a esa jornada (Salas: 133 y ss.). Sin embargo, su suerte entre los huelguistas no fue la misma que la de los estudiantes secundarios. Como me narró un militante de las últimas filas que seguiría su camino en las huestes universitarias, mientras que a ellos los vitorearon, el recibimiento de los reformistas fue frío y hasta incluyó silbidos (Rodríguez 2010).

El reformismo de los sesenta experimentó un creciente proceso de radicalización política. El intelectual peronista Juan José Hernández Arregui, quien pidió mayor comprensión de sus adeptos, pudo percatarse de ello (1960). Cuba y su revolución les confirmó una ideología revolucionaria. Asimismo, los debates sobre las “vías al socialismo” revivieron y llevaron a nuevas experiencias. La política estudiantil empezó a comprender un número de organizaciones cada vez mayores que en el terreno universitario se diferenciaban entre quienes a grandes rasgos seguían apoyando a la Reforma y quienes empezaban a volcar un arsenal de críticas que minaba su legado. Si bien los últimos constituyen una novedad, serían minoritarios frente a los reformistas. Entre éstos los comunistas gravitaban con fuerza. Por otro lado, el reformismo “gorila” dejó de ser criticado ya que progresivamente sus adeptos se volcaron hacia la radicalización en marcha. Si había algo en que todos coincidían, los reformistas de izquierda, los que se alejaban del reformismo, los que se incorporaban a las filas radicalizadas, era en la necesidad de buscar una unidad estratégica con la clase obrera en pos del socialismo. En definitiva, bajo ese objetivo todos reclamaban para sí el término “izquierda”, aunque sólo excepcionalmente lo acompañaba del término “peronista”, la identidad política que asumía el grueso de los obreros.

La novedad a comienzos de esta década no resultó tanto dicha reafirmación ideológica, sino cierta aproximación efectiva con el movimiento obrero. Así, en el verano de 1962 se gestó una lista victoriosa en la populosa Provincia de Buenos Aires que encabezó el dirigente textil peronista Andrés Framini. Los reformistas de izquierda, al igual que los partidos de esta orientación, fueron parte de ésta. La elección aceleró el final del gobierno, dado que la derrota en otros distritos electorales dinamizó su caída frente a un poder militar que colocaría al senador frondicista, José María Guido, al frente del gobierno provisorio tutelado por la espada. No obstante, esta coalición no duró mucho más allá de la coyuntura ya que Framini tras ser anulada su elección por Frondizi no dudó en alinearse con quienes lo derrocaron. Lejos de reclamar el cargo robado, el candidato sindical prefirió enfrentarse con sus anteriores aliados de izquierda acusándolos con epítetos de sesgo macartista (Tortti 2009: 274). El gesto acomodaticio de Framini, la lucha contra el más débil y no contra el más fuerte, la opción por la derecha en lugar de la izquierda, resultó toda una definición de la dirección sindical para los

reformistas. No obstante el maltrato, el reformismo siguió bregando por acercarse a las masas trabajadoras más que a los sindicalistas.

Los años del gobierno de Guido se convirtieron en un período de represión abierta. La militancia contestataria obrera y estudiantil coincidió en el rechazo de un gobierno que perseguía a sus impugnadores con la cárcel. La represión que sufrió el activismo reformista lo acercó a una experiencia de la clase obrera en lucha. Sin embargo, pese a afrontar una misma represión, los caminos de obreros y estudiantes siguieron sin cruzarse. Fue bajo las condiciones abiertas por el gobierno del radical Illia a fines de 1963, que llegó a la presidencia con un poco más de votos que los sufragios en blanco de las masas peronistas que seguían proscriptas en su representación política (los reformistas también votaron así), que el movimiento estudiantil y el movimiento obrero se encontraron en las calles.

En esta nueva etapa el movimiento obrero desarrolló numerosos planes de lucha desde 1963 que fueron acompañados por la militancia estudiantil (Grau et. al. 2006: 100-124), que participó en sus reuniones preparativas (Schneider 2006: 201). En el pico de esta conflictividad entre mayo y junio de 1964 se desarrolló la segunda etapa del Plan de Lucha cegetista;

“El plan se cumplió durante cinco semanas y, según la CGT, fueron ocupadas más de 11.000 plantas, con intervención de más de 3.900.000 obreros [...]” (James 1999: 224).

Desde la UBA, en solidaridad se tomó la Facultad de Medicina, anteriormente se había ocupado Filosofía y Letras. No obstante, estas manifestaciones sólo concitaron adhesión entre la vanguardia radicalizada, ni la masa estudiantil ni su militancia no reformista más moderada aprobó estas acciones pese a coincidir, estos últimos, con el plan de lucha cegetista.

La cuestión del presupuesto universitario, que ya antes de asumir Illia a mediados de 1963 había producido un ascenso militante en la Universidad, retomó en 1964. Esta cuestión sí concitó mayor adhesión entre el alumnado. El presupuesto de las universidades públicas, denunciaban sus claustros, no alcanzaba para llegar a fin de año. En ese contexto, el reformismo se puso al frente de crecientes manifestaciones. La protesta registró una alianza objetiva con los trabajadores no docentes de estas casas de estudio que luchaban por obtener un nuevo escalafón salarial que incrementara sus paupérrimos sueldos. Más globalmente la dirección reformista logró la adhesión de la CGT. El 30 de octubre un acto frente al Congreso Nacional, antecedido por un paro de actividades dispuesto por los estudiantes universitarios de todo el país, reunió oradores de esta entidad junto a no docentes, fuistas y demás representantes estudiantiles. Unos días después, en circunstancias donde pudo ampliar sus alianzas, el movimiento estudiantil obtuvo un importante aumento de fondos.

Si bien es cierto que la central sindical veía en estas protestas un modo de golpear a un gobierno con el que se encontraba enfrentado, ello no disminuye la coincidencia con los estudiantes. Las alianzas sociales sólo minoritariamente están motivadas por cuestiones meramente ideológicas. En la mayoría de los casos son objetivas, pergeñadas durante procesos de lucha en los que a pesar del tenor de las diferencias político-teóricas se coincide, aunque sea coyunturalmente, frente a un enemigo común. En este caso, la dirección estudiantil reformista y la dirección obrera acordaban en la crítica de un gobierno, lo cual resultó auspicioso para su acercamiento. Aunque tenue y sumamente acotada, vista con la vara temporal esta aproximación no pierde singularidad.

Durante el año siguiente el acercamiento perduraría. Aunque las críticas a las direcciones obreras burocráticas continuaban dentro del reformismo, el acercamiento objetivo se mantuvo. Así frente a la posibilidad de que el gobierno enviara tropas a Santo Domingo, para reforzar la intervención estadounidense en ese país a un levantamiento popular que se creía traería el comunismo, los reformistas asumieron la férrea crítica del gobierno y se movilizaron como ningún otro sujeto en la Argentina. En estas críticas al imperialismo y al poder militar que pregonaba el envío de fuerzas

volvieron a coincidir con la CGT. Inclusive llegaron a organizar una manifestación común, el 12 de mayo de 1965, con un sector de la clase obrera, donde sobresalían los minoritarios pero vigorosos sindicalistas comunistas. El resto del año no hizo más que confirmar, en diferentes episodios que llamaron la atención de sectores partidarios, las asociaciones de la gran burguesía y la derecha política, el proceso de radicalización estudiantil frente al cual los nombrados reclamaron orden, llegando a exigir al Ejecutivo la intervención universitaria. La Asociación Coordinadora de Instituciones Empresarias Libres que reunía las más importantes cámaras del sector emitió a mediados de junio de 1965 una solicitada donde sostenía que la indisciplina reinaba en las universidades. El comunicado, todo un anticipo de lo que vendría, preconizaba la eliminación del régimen tripartito de representación, en fuerte alusión al peso de los estudiantes en él, del gobierno en la Universidad. Esta declaración mereció la respuesta del Consejo Superior porteño. El decano de Ciencias Exactas y Naturales planteó que los “ataques” tenían por objeto “arrasar con la Universidad Nacional”. (*Actas Taquigráficas de la sesión celebrada por el Honorable Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires*, 24-6-65: 22)

Entrado el año 1966 la situación devino tensa. El gobierno se encontraba en un aislamiento y desgaste irreversible. Los militares desde los cuarteles preparaban un golpe de Estado que contaba con la anuencia del empresariado, buena parte de la dirigencia política y los sindicatos. Los universitarios se encontraban en plena lucha por mayor presupuesto cuando se produjo el golpe de Estado, el 28 de junio de 1966. La FUA, impulsada por el reformismo, se declaró abiertamente en contra suyo. Dos semanas antes, esta federación había recibido en su Convención de Centros una propuesta para sumarse al mismo. Según un delegado de la CGT invitado:

“Esto no puede seguir, no hay nada más esencialmente reaccionario que este gobierno, y obreros, estudiantes y militares deben marchar juntos para proyectar a la Argentina como una gran Nación” (*Confirmado*, año 2, n° 54, 30 de junio de 1966, pp. 24-26: 24 y ss.)

La propuesta fue rechazada de plano por los estudiantes presentes.

Al momento del golpe, el 28 de junio de 1966, el Consejo Superior de la UBA emitió el único comunicado de una institución pública contra éste. El gobierno no perdonó esta actitud universitaria y un mes después dictaminó la intervención de estas instituciones díscolas donde se alojaba “la subversión”. La intervención fue resistida en la UBA, registrándose en varias facultades incidentes entre los estudiantes y la policía. La Facultad de Ciencias Exactas y Naturales resultó el epicentro de estos episodios que recibirían el nombre de “La Noche de los Bastones Largos” por los bastonazos con que fueron golpeados sus ocupantes mayoritariamente estudiantiles y reformistas, aunque también profesores, como el propio decano. Tras el incidente 1.378 profesores dejaron las aulas (Slemenson 1970). Una etapa de la Universidad argentina, la que alcanzó mejor nivel académico, concluyó. Como manifestó el periodista Gregorio Selser, ninguna organización obrera protestó por la intervención ni tampoco por el salvajismo policial (1986: 136). Unos días antes de la intervención la revista *Primera Plana* informaba que desde el gobierno

“[...] se enfatizaba la necesidad de adoptar tan fatídica resolución antes de que ‘termine el idilio con los sindicatos’, pues de tal modo las reacciones estudiantiles no dispondrían de ese respaldo vital.” (*Primera Plana*, año 4, n° 186, Buenos Aires, 19 al 25 de julio de 1966, pp. 11-12: 11)

Conclusiones

Si bien el final del período analizado terminó de un modo similar a su inicio en 1955, direcciones estudiantiles y obreras enfrentadas en proyectos políticos diferentes, sería erróneo colegir de ello que en estos años nada cambió. Por el contrario, desde ambos sujetos se advierten importantes transformaciones. En el movimiento obrero habían cobrado un gran peso las direcciones acusadas de “burócratas” que en su máxima expresión aspirarían a una autonomía obrera frente a Perón, bregando por un peronismo sin éste. Aunque no todas las direcciones sindicales siguieron este proyecto del líder cegetista, el metalúrgico Augusto Vandor, la aparición de este fenómeno constituyó todo un llamado de atención sobre los cambios producidos en el sindicalismo peronista. En el movimiento estudiantil, aunque con altibajos, se produjo entre el reformismo que conducía la mayoría de los centros y era preponderante hacia el fin de esta etapa en los consejos directivos un proceso de radicalización política que lo volcó con un ímpetu creciente hacia la izquierda del arco político.

En la relación entre ambos sujetos también se registraron cambios. En la etapa que abarcó hasta la sanción de los nuevos estatutos universitarios al compás de dicha renovación izquierdista del reformismo desde sus filas se intentó un acercamiento de los obreros. Si bien este proceso aún era muy prematuro el haber puesto en la agenda la unidad con el movimiento obrero e intentar este acercamiento constituyó una novedad. A partir de los sesenta los intentos aumentaron e incluso se registraron algunas coyunturas puntuales en las que se concretó cierta unidad. Pero ésta siempre estuvo marcada por su inestabilidad ya que los intereses de los reformistas y de las direcciones peronistas sindicales sólo en el corto plazo podían coincidir puesto que no había un horizonte político común que los pudiera cimentar. Esta unidad en la acción recién tendría lugar a fines de la década. En su nivel más alto en mayo de 1969, el Cordobazo, el mayor levantamiento urbano de la Argentina producido en la ciudad que vio nacer la Reforma Universitaria medio siglo atrás, marcaría la salida del gobierno de facto de Onganía.

Respecto al proceso analizado resta decir a la luz de lo que vendría que si bien los contactos entre estudiantes y obreros, más allá de las direcciones de ambos movimientos, no fueron corrientes, se fueron preparando las condiciones para la unidad que se produciría a fines de la década. Sólo con el golpe de Estado de 1976 se podría dar por tierra esta fuerza social. En definitiva, este trabajo en la “zona gris”, antes de la “explosión”, ha permitido iluminar sobre los antecedentes de ese proceso de unidad obrera-estudiantil que aún hoy sigue dando que hablar a las ciencias sociales.

Bibliografía

- Grau, María Isabel; Ianni, Valeria y Martí, Analía: “Una aproximación a las acciones de la lucha de la clase obrera argentina: Primera etapa del Plan de Lucha de la C.G.T. 1963/1965”, en *Cuadernos del PIMSA*, 2006, pp. 100-124.
- Halperín Donghi, Tulio: *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 1962.
- James, Daniel: “17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en *Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales*, vol. 27, n° 107, octubre-diciembre de 1987, Buenos Aires, pp. 445-461.
- James, Daniel: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
- Korzeniewicz, Roberto: “Labor Unrest in Argentina, 1906-1990”, en *Review*, año 18, n° 1, invierno, Nueva York, 1995, pp. 105-116.

- Luna, Félix: *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1986.
- Manzano, Valeria: “Las batallas de los ‘laicos’: movilización estudiantil en Buenos Aires, septiembre - octubre de 1958”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 31, 2° semestre de 2009, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 123-150.
- Melon Pirro, Julio César: *El Peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2009.
- Salas, Ernesto: *La Resistencia Peronista. La toma del Frigorífico Lisandro de la Torre*, Retórica Ediciones: Altamira, Buenos Aires, 2006.
- Selser, Gregorio: *El onganiato, la espada y el hisopo*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- Schneider, Alejandro: *Los Compañeros. Trabajadores, Izquierda y Peronismo 1955-1973*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2006.
- Therborn, Göran: *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Siglo Veintiuno, México D.F., 1991.
- Tortti, María Cristina: *El ‘viejo’ partido socialista y los orígenes de la ‘nueva’ izquierda*, Prometeo, Buenos Aires, 2009.

Fuentes

Archivo del CEDINCI.

Diario *La Nación*.

Diario *La Prensa*.

Entrevista a Enrique Rodríguez, 12/10/2010.

Hernández Arregui, Juan José: *La Formación de la Conciencia Nacional*, Buenos Aires, 1960.

Revista *Confirmado*.

Revista *Primera Plana*.